

manera que no se haga ni intente cosa perjudicial á las preeminencias reales, y comun bien y quietud de nuestros reinos y señoríos.»—Que guardára la liga y tratado que tenia hecho con Venecia por lo que tocaba á los reinos de Nápoles y Sicilia, y á los estados de Milan y Plasencia.—Le recomendaba al duque de Florencia, Cosme de Médicis, que se habia conducido bien y mostrádose siempre aficionado y devoto al emperador.—Que estuviera sobre aviso en cuanto al duque de Ferrara, pues si bien le estaba muy obligado, tenia deudo con Francia y era inclinado á aquella parte, por lo cual convenia «mirar sus andamientos.»—Que del duque de Mantua podia tener confianza, como él la tenia.—Que cuidára de conservar en su devocion á Génova, por lo que importaba á la seguridad de toda Italia y de las Baleares, y que confiaba en que asi sucederia, porque los genoveses debian mucho á su hermano, y la proteccion de su libertad al imperio.—Que lo mismo esperaba de las repúblicas de Siena y Luca, siempre aficionadísimas á la persona del emperador, porque asi les convenia para conservar sus libertades, á las cuales por lo tanto debia favorecer.—Que al conde Galeote que estaba escludido de la concordia, y por quien muchos intercedian para que le perdonase, seria bueno tenerle asi, «por que se habia metido muy adelante con Francia, y no podia haber confianza de él.»

Atendida la mala voluntad y comportamiento

que con él habian tenido siempre los reyes de Francia padre é hijo, Francisco y Enrique, le mandaba espresamente que no aslojára nunca en lo de las renunciaciones que aquellos habian hecho de los estados de Nápoles, Sicilia, Flandes, Artois, Tournay y Milan, conforme á los tratados de Madrid y Cambray; que jamás cediera en esto, «porque todo lo he adquirido, decia, y vendrá y pertenecerá con buen derecho y sobrada razon...» «Y la esperiencia ha mostrado que estos reyes, padre é hijo y sus pasados, han querido usurpar de continuo de sus vecinos, y donde han podido, usado de no guardar tratado alguno, señaladamente conmigo y nuestros pasados.»—Que si pensasen mover la guerra en Italia, tiene bien fortificado á Milan, «y se podrá defender del primer ímpetu, que es lo que mas se debe temer de franceses.» Que si quisieren pasar á Nápoles, tienen que dejar atrás á Milan, y Nápoles tambien está fortificado. Que lo están igualmente Mesina y Palermo en Sicilia, «y resistiendo el primer ímpetu, como dicho es, los franceses despues vienen á perder el ánimo, segun la esperiencia siempre lo ha mostrado alli y en todas partes.»—Que evite cuanto pueda dar ocasion de rompimiento ni al papa ni á venecianos, aunque cree que ellos se mirarán en hacerle guerra con Francia, porque saben lo poco que de ella pueden fiar, y que España puede enviar socorros de gente por mar cuando quiera con ayuda del rey de Romanos.—Que

en Nápoles no quieren á los franceses, y aquel reino gobernado con justicia, puede dar buenos y fieles vassallos á España.

Que le convendrá tener siempre alguna gente española en Italia, que será el mejor freno, pero cuidando de que esté bien disciplinada, y que no dé ocasion con sus excesos á desesperacion y rompimiento.—Que tenga bien apercebidas las fronteras de Navarra y Perpiñan, pues en quanto á Flandes no hay que temer una invasion de franceses por el momento.—Que no deje de entretener las galeras de España, de Nápoles, de Sicilia, y aun de Génova, pues aunque el gasto sea grande, es bueno prevenir lo que podria suceder en mayor daño, mientras no haya una completa seguridad de Francia y del turco.—Que para el ducado de Borgoña, que es el mas apartado, se favorezca la liga hereditaria que la casa de Austria tiene con Suiza, en la cual está comprendido dicho estado. Que aunque no piensa romper la paz por él, no olvide que es propio y verdadero patrimonio suyo.

Que observe si los franceses envian alguna armada á Indias, á la disimulada ó de otra manera; que avise á los gobernadores de aquellas partes para que les resistan, y que al efecto se ponga en buena inteligencia con Portugal.—Que en manera alguna haga concierto con el rey de Francia de dar ni quitar cosa alguna de lo que tiene y le pertenece, «sino estar constante y guardarlo todo, y siempre sobre aviso,

sin fiaros en pláticas de paz, ni palabras de amistad, y teniendo continua advertencia de fortificar y proveer lo que pudiéredes en todas partes, etc.»—Discúlpase de la poca proteccion que da á los duques de Saboya, padre é hijo, para ayudarlos á recobrar lo que los franceses les tenian usurpado, y advierte al príncipe que se mire mucho en ello, aunque por eso no deje de tenerlos por amigos.

Que cuide mucho de entretener amistad con los ingleses y de que se guarden los tratados hechos con el difunto rey; «porque esto importa á todos los reinos y señoríos que yo os dejaré, y será tambien para tener suspensos á los franceses, los cuales tienen muchas querellas con los dichos ingleses, asi por lo de Boloña como de las pensiones y deudas, y se tiene por dificil que puedan guardar amistad entre ellos que dure.»—En quanto á los escoceses, que concierte con ellos solamente en lo relativo á navegacion y contratacion.—Que mantenga el tratado hecho con el rey de Dinamarca, y se conduzca con él de manera que no vuelva á hacer daño á los estados de Flandes, como otras veces.—Previénele que ponga buenos vi-reyes y gobernadores, asi en los estados de Europa como en los de Indias, vigilando que no traspasen sus atribuciones ni usurpen mas autoridad de la que se les diere y deben tener, y le hace advertencias saludables sobre el repartimiento de los indios.

Le aconseja que se vuelva á casar, porque los hi-

jos de los reyes y príncipes suelen afirmar el afecto de los vasallos. Vuelve á inclinarse, como ya otra vez lo quiso; á que prefiera la hija del rey de Francia, para asegurar los tratados y alcanzar la restitucion de lo del duque de Saboya; ó bien á la princesa de Albret, á fin de obtener la renuncia de sus pretensiones á Navarra. Y en caso de no poderse hacer ninguno de estos casamientos, le proponia la hija de su hermana la reina viuda de Francia; ó la de su hermano el rey de Romanos.—Le anunciaba como conveniente el matrimonio de su hija mayor doña María con el príncipe Maximiliano de Austria, hijo de don Fernando; le aconsejaba hiciese por efectuar el de la infanta doña Juana, su hija menor, con el príncipe don Juan de Portugal; y concluía ponderando el cariño que siempre le habian mostrado sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, y rogando á su hijo las amára y favoreciera cuanto le fuese posible (1). La Instruccion estaba fechada en Augsburgo á 19 de enero de 1548.

En este notable documento se ve simultáneamente la multitud de negocios de interés general que bullian en la cabeza de Carlos V., su influjo y participacion en los asuntos de todas las naciones, la atencion que á todos y á cada uno de ellos prestaba, y la idea

(1) No hemos insertado el documento íntegro por ser demasiado estenso. Sandoval le trae en el libro XXX de su historia, pero nos parece mas exacto el que se halla en el tomo III de los *Papeles de Estado* del cardenal Granvelá, pág. 267 y sig.

que tenia de la capacidad del príncipe su hijo, cuando á la edad de veinte y un años le confiaba todos sus pensamientos y sus planes políticos y le llamaba para encomendarle su continuacion y ejecucion para el caso en que él falleciese.

Para anunciar su partida en obediencia al llamamiento de su padre, congregó el príncipe don Felipe las Córtes de Castilla en Valladolid, Córtes á que no asistian ya, como en otro lugar hemos indicado, sino los procuradores de las ciudades, ó sea el estado llano, y que por cierto, recibieron con mas disgusto que placer la comunicacion del llamamiento del padre y la resolucion del hijo, porque Castilla, como observa un antiguo y grave escritor, siempre lleva mal las ausencias de sus príncipes. Con desagrado se vió tambien en Castilla que la casa del príncipe heredero se montára á estilo de Borgoña (15 de agosto), segun instrucciones que el duque de Alba habia traído del emperador, en lo cual veian los castellanos una desautorizacion y como menosprecio de las antiguas costumbres á que ellos eran tan apegados.

Como los príncipes Maximiliano y María habian de quedar gobernando el reino durante la ausencia de Felipe, tuvo éste que suspender su viage hasta la venida de Maximiliano á España y la celebracion de sus bodas. Dilatóse aquella mas de lo que se habia pensado, y tan pronto como llegó se celebró el casamiento en Valladolid (17 de setiembre), desplegando

el condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, encargado de estas bodas, una magnificencia que dejó altamente complacido al príncipe alemán. Dió Felipe posesion del gobierno de España á los nuevos consortes sus hermanos, y á las dos semanas partió de Valladolid (1.º de octubre) camino de Flandes, llevando consigo al duque de Alba, su mayordomo mayor, al caballero mayor don Antonio de Toledo, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al duque de Sessa, al conde de Olivares, y á varios otros grandes, gentiles hombres y oficiales de su casa, recién nombrados cuando la puso á la borgoñona. Desde Zaragoza se dirigió al célebre monasterio de Monserrat, á que tenia particular devocion, y donde se detuvo á confesar y comulgar. De allí pasó á Barcelona y Rosas para embarcarse (19 de octubre). Habian sido enviados por el emperador para recibirle y conducirle el marqués de Pescara, hijo de el del Vasto, el príncipe Doria con la armada de Génova, y don Garcia de Toledo con las galeras de Nápoles.

Dióse, pues, á la vela el príncipe Felipe con toda su brillante comitiva. A pocos soberanos de la tierra les habrán sido consagrados tan suntuosos festejos, tan espléndidos y magníficos regocijos como los que se hicieron al príncipe español, en Génova, en Milan, en Mántua, en Trento, en Inspruck, en todos los pueblos de Italia, de Alemania y de Flandes que atravesó en esta marcha. Príncipes y princesas, embajadores de

todos los estados, corporaciones, personages, damas y pueblo, todos á porfía festejaban y agasajaban con todo género de fiestas y espectáculos al heredero de Carlos V. Volúmenes enteros se han escrito para describir los obsequios que se tributaron á Felipe en este viage (4). La ciudad de Milan le hizo primeramente un donativo de veinte mil escudos, y despues otro de cien mil á nombre de todo el estado. Tambien él por su parte quiso mostrarse espléndido y generoso, y á la princesa de Ascoli que le habia obsequiado con un lujosísimo baile en que las damas milanesas ostentaron todas sus galas, le regaló un diamante de cinco mil ducados, un collar de rubíes, perlas y diamantes de valor de tres mil ducados para su hija, y otro diamante de mil quinientos para la duquesa hijastra de aquella princesa. Mas queriendo al propio tiempo mostrarse piadoso y devoto, hizo donaciones á muchas iglesias, y en especial á la de Nuestra Señora de Monferrato le dió en tres veces hasta veinte y cinco y mil escudos, ademas de quince mil ducados que gastó en ornamentos para el templo.

Cuando llegó á Bruselas, donde ya entonces se hallaba el emperador, el resplandor de las antorchas habia desterrado y como suprimido la noche en que hizo su entrada. Esperábanle allí sus dos tias las rei-

(4) Calvete y Estrella, Viage de Felipe II. á Flandes.—Del camino de España á Flandes en 1548, por Vicente Alvarez.—Leti, Vita di Filippo II. part. prima. lib. IX.

nas viudas de Hungría y de Francia, las cuales le presentaron á su padre, dando lugar á una tierna y afectuosa escena de familia. Congregados por el emperador los estados de Flandes, todos á propuesta del César se conformaron en reconocer y jurar al príncipe Felipe de España por heredero y sucesor de aquellos estados y señoríos (1549). Las fiestas con que se celebró este solemne acto en Bruselas no fueron menos suntuosas que las que le habian dedicado en su tránsito á aquella ciudad. Llevado fué despues como en triunfo por el emperador y la reina gobernadora de los Países Bajos, su hermana, por casi todas las ciudades de Flandes y Brabante, de Namur y del Luxemburgo, recibiendo el homenaje de los que habian de ser sus vasallos, pasando continuamente por debajo de arcos triunfales, y compitiendo cada poblacion en el lujo y la suntuosidad de las fiestas (de julio á octubre de 1549), y aun á su regreso á Bruselas hubieran continuado, si no las hiciera suspender el ataque de gota que molestó otra vez al emperador, y la nueva que llegó de la muerte del papa Paulo III. (1).

En medio de esta exterior y al parecer general alegría, observábase siempre una figura grave y severa, que á pesar de su juventud mostraba cierta austeridad sombría que formaba contraste con los rego-

(1) Heræus, Annal. Brabant.— Herrera, en la General del Mando.—Campana, Vida de id. Estrella, Viage de Felipe II.—Letti, Vita.—Sandoval, lib. XXX.—

eijos públicos de que era objeto. Esta figura era el príncipe Felipe, que con su carácter tétrico y adusto, con no hablar el idioma flamenco, con vestir y vivir á la española, y con las preferencias que daba á los personajes y á las costumbres de España, se hizo desagradable á los flamencos, y dió ocasion y origen á aquella antipatía que habia de manifestarse despues con funestas demostraciones de aborrecimiento. De modo, que por causas semejantes vino á producir el hijo en los Países Bajos la misma desfavorable impresion que treinta años antes habia producido su padre en España.

Permaneció Felipe en Bruselas todo el tiempo que detuvo allí al emperador la falta de salud. En este intermedio, él y los caballeros de la córte quisieron solemnizar el quinquagésimo aniversario del nacimiento de su padre, y hubo una fiesta real muy vistosa (24 de febrero, 1550), en que justaron á competencia españoles y flamencos. Por cierto que ensayando Felipe las armas para énter en la liza, estuvo muy en peligro su vida, porque el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens le dió tan récio golpe de lanza en la cabeza, que le dejó sin sentido. Por fortuna el príncipe volvió pronto en sí, y al ver que no habia recibido lesion alguna, salieron todos del cuidado en que tan disgustoso suceso los habia puesto. Al fin, cuando el emperador pudo partir á la dieta de Augsburgo (31 de mayo, 1550), llevó tambien consigo á

Felipe, el cual fué poco menos agasajado en Alemania que lo habia sido en Italia y en Flandes, bien que tampoco fuera mas favorable la impresion que su carácter despegado hiciera en las ciudades del imperio. Asi fué que habiendo Cárlos significado en la dieta su deseo y proyecto de transmitir en herencia á su hijo los estados imperiales, no obstante el paso avanzado que veinte años hacía habia dado, haciendo conferir á su hermano Fernando la dignidad de rey de Romanos, no solo halló oposicion en Fernando á renunciar la sucesion al trono imperial, por mas que á ello le instára la reina de Hungría, que con sola ese objeto habia ido á Augsburgo, sino tambien en los alemanes mismos. Fernando habia vivido mucho tiempo entre ellos y procurado acomodarse á sus costumbres. Su hijo Maximiliano habia nacido en el pais, adornábanle escelentes prendas, amábanle los naturales, y era ya rey de Bohemia <sup>(1)</sup>. Por tanto, á pesar de los recursos que con habilidad y destreza empleó el emperador en favor de su hijo, para que al menos se le nombrase coadjutor del imperio y sucesor de su tio, á todo halló resistencia, y tuvo que desistir, no obstante su firmeza y constancia para llevar adelante un pro-

(1) En Valladolid, hallándose de regente y gobernador de España, recibió la nueva (1549) de que los bohemios, faltando voluntariamente á su privilegio y costumbre de elegir soberano, le habian jurado por rey y declarado el trono hereditario en su familia: con cuyo motivo habia pasado otra vez de España á Alemania, y su presencia en la dieta fué un nuevo obstáculo á los designios del emperador.

pósito. Lo que hizo fué despertar los recelos de los alemanes, y hacer á Fernando mas cauto y vigilante para procurar irse captando la voluntad de los electores.

Frustrado este designio y terminada la dieta, tuvo por conveniente que el príncipe su hijo volviese á España, donde tambien tenia que venir Maximiliano, rey de Bohemia, para llevarse á su reino la princesa doña María su esposa <sup>(1)</sup>. Nombró otra vez á Felipe regente y gobernador de los reinos de Castilla y Aragon; y esta vez quiso que viniese revestido con amplísimos poderes, que le otorgó en la misma ciudad de Augsburgo (23 de junio, 1551), para la administracion y gobernacion de ellos, con facultad de hacer todo lo que él mismo hacer pudiera si se hallase presente, hasta con poder especial para empeñar y vender rentas y derechos de la corona y patrimonio real, vasallos, jurisdicciones, villas y lugares de sus reinos y señoríos; mandando que le reverencien, respeten y obedezcan como á su propia persona, y como si fuese rey absoluto, dando á este poder la misma fuerza que si hubiese sido otorgado en córtes generales <sup>(2)</sup>.

Provisto de tan amplísimos poderes, partió Felipe de Augsburgo y viniendo á Mantua, Milan y Génova, desembarcó felizmente en Barcelona (12 de julio,

(1) Esta señora habia dado á luz en Cigales, pueblo de Castilla la Vieja, á la infanta doña Ana (1549), que despues fué reina de España y madre de Felipe III. (2) Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. I. cap. III.—Sandoval, lib. XXXI.

1554). Se primer cuidado fué hacerse reconocer en Navarra, donde no lo habia sido todavía, y los navarros le juraron sin dificultad en Tudela por su príncipe y señor natural. Tras él habia venido Maximiliano, rey de Bohemia, el cual no hizo sino recoger á doña María, hermana de Felipe, su esposa, y llevarla consigo á su reino <sup>(1)</sup>.

En este mismo año se realizó tambien el deseo que el emperador habia manifestado de casar su segunda hija doña Juana con el príncipe don Juan de Portugal. Esta princesa, á quien veremos despues rigiendo la Castilla, fué solemnemente recibida en aquel reino por el duque de Abeyro y el obispo de Coimbra.

Los acontecimientos de que habia sido teatro la Europa y que retenian en Flandes y en Alemania á Carlos V., principal protagonista y alma de todas aquellas escenas durante la infancia y juventud de su hijo Felipe, los dejamos referidos en los capítulos anteriores, y no hay sino cotejar las fechas para ver lo que en cada período de su edad acontecia en el mundo. En el capítulo siguiente consideraremos ya al príncipe Felipe rigiendo con plenos poderes la España, hasta que por abdicacion de su padre le sucedió como rey en todos sus estados hereditarios.

(1) Para poder hacer este viaje la reina de Bohemia doña María hija del emperador, tuvo que pedir prestados al arzobispo de Zaragoza don Fernando de Aragon cinco mil ducados, que él le facilitó con mucha complacencia y sin premio ó interés alguno.—Panzano. Anal. de Aragon, lib. III. capítulo IX.

## CAPITULO XXXII.

FELIPE REGENTE DE ESPAÑA.

FELIPE II. REY.

De 1554 á 1557.

Córtes de Aragon.—Servicio que votaron.—Apuros de numerario en que se veia siempre Carlos V.—Segundo casamiento de Felipe con Maria de Inglaterra.—Capítulos matrimoniales.—Disgusto y oposicion del pueblo inglés, y sus causas.—Disturbios y rebeliones: su término: parte que tuvo en ellas la Francia.—Viage de Felipe á Inglaterra.—Su recibimiento.—Sus bodas.—Felipe rey de Nápoles y de Inglaterra.—Política de Felipe con los ingleses.—Muerte de doña Juana (la Loca), madre de Carlos V.—Resuelve el emperador retirarse á España.—Llama á su hijo Felipe para renunciar en él los estados de Flandes.—Ceremonia solemne de la abdicacion en Bruselas.—Discursos notables.—Reconocimiento y jura de Felipe.—Renuncia Carlos en su hijo los reinos de España.—Proclamacion de Felipe II. en Valladolid.—Odio del papa Paulo IV. á Felipe II.—Intenta despojarle del reino de Nápoles.—Guerra que le mueve.—Templada conducta de Felipe con el papa.—Durisima y muy notable carta del duque de Alba, virey de Nápoles, al pontífice.—Obstinacion de Paulo.—Entra el duque de Alba con ejército en los Estados pontificios.—Amenazan los españoles á Roma.—Consternacion de la ciudad.—Tregua entre Felipe II. y el papa.—Renuncia Carlos V. el gobierno y administracion del imperio en su hermano Fernando.—Determina encerrarse en el monasterio de Yuste.—Si-